

—¡Bah! ¡Quién sabe!—dijo Sabat.—Nuestras aguas son maravillosas en algunos casos.

Bandruc movió la cabeza y dijo:

—Pero nunca para casos como el de que se trata.

### XIII

En el gabinete donde Matilde Borel estaba con su esposo, porque Claudio Fabregues lo era realmente, la pobre mujer temblaba, no por la temperatura.

La estación se había anticipado y hacían días de verdadero estío. Además, por exceso de precaución, Fabregues había hecho encender la chimenea, á pesar de que la joven llevaba el cuello y el pecho abrigados con un largo boa.

Sin embargo de todas estas precauciones, se sentía mal y como si estuviese rodeada de nieve.

Pero el sufrimiento era más moral que físico.

No llevaba más que unos días de casada y ya deploraba su error.

En un momento de exaltación, de despecho, en una de esas crisis nerviosas de enferma, había aceptado el matrimonio como un refugio, esperando conciliar el cariño á los suyos con el amor hacia aquel hombre, al que miraba como un apoyo, como un socorro siempre presente; pero aquellos lazos se convirtieron en

pesada cadena apenas contraídos, sintiendo hacerse el vacío á su alrededor, semejante á un pájaro arrebatado del nido, que sólo tiene, á cambio de la familia que le adoraba, un compañero desconocido aun el día antes.

Su tía se había limitado á hacerla algunas reflexiones sobre su proyecto, temerosa de disgustarla; pero desapareció apenas celebrado el matrimonio, desvaneciéndose, por decirlo así, ante el hombre que le arrebataba aquella niña, á quien había criado y consideraba como hija.

Su primo Pedro de Bures, consternado por la imprevista noticia, no asistió siquiera á la ceremonia, limitándose á enviar á la compañera de su infancia, por conducto de su tía, una carta concebida así:

«Mi muy querida Matilde, sed dichosa. Lo deseo con todo mi corazón.»

Si la infeliz hubiese leído la carta dirigida á su tía, habría podido leer las maldiciones que el oficial lanzaba al miserable que por apropiarse una fortuna representaba una odiosa comedia con aquella infortunada, y las frases de indignación del amante desinteresado que habría creído cometer un sacrilegio, profanando lo que quería entregar puro á la tumba.

Pero la señora de Breville quemó esta carta. Se había separado con dolor de su sobrina, comprendiendo que había sido engañada por un intrigante.

El doctor Fabregues se esforzó inútilmente

para conseguir que les acompañase en aquel triste viaje de novios.

Matilde se había encontrado sola por la primera vez en su vida, sola con el hombre al que pertenecía para siempre. Por lo demás, no tenía motivos más que para alabarle.

En el viaje había mostrado verdadera ternura y solicitud.

Fabregues había querido volver en triunfo á Burdeos, testigo de su ruina, para ir en seguida á sus montañas de Auvernia, donde habían llegado la víspera.

La casa del doctor estaba preparada para recibirlos por Juliana y Sulpicio, que les precedían en el viaje.

Los esposos habían descansado una noche, y fueron á almorzar solos al hotel, como dos enamorados.

—¿Qué tienes? — le preguntó el doctor observando su preocupación, cuando quedaron solos.

--No sé; la fatiga sin duda... Me parece que se me cierran los ojos.

—Estás tan débil... Pero ya volverán las fuerzas. Ya verás...

—¡Dios lo quiera!

—¿Qué te parece el país?

—Admirable. — Estas montañas son soberbias.

—Las recorreremos juntos... tendremos tiempo. Por ahora tú serás mi única cliente. Solo me ocuparé de tí.

Si el doctor Chocagne hubiese oído esto se habría estremecido de júbilo.

De un golpe el gascón habría subido una porción de grados en su estimación.

Matilde dió las gracias á su marido con una dulce mirada de sus ojos azules.

Los esposos estaban sentados uno al lado del otro.

El se inclinó hacia ella y rodeándole el talle con el brazo, la estrechó con fuerza.

—Cuidado — dijo ella, — me haces daño.

—¡Fragilidad! Tienes nombre de mujer — exclamó él parodiando la célebre frase de Hamlet.

Entonces para distraerla, empezó á hablar de sus proyectos.

Residirían en Mont-Dore durante el verano.

La mañana la consagrarían á la medicina, en la que ella tendría ocasión de ver cosas notables.

Al romper el día vendrían á buscarla con una silla de manos y la llevarían al establecimiento.

Primera estación.

En seguida visitarían las salas de pulverizaciones, de aspiraciones é inhalaciones.

El le serviría de mentor á través de aquel laberinto de habitaciones en las que se vá á recobrar la fuerza, la salud y la vida.

La llevaría al alojamiento donde dormiría como una bienaventurada en un buen lecho. Allí vería escenas muy originales.

Después irían á almorzar y luego á pasear por los admirables sitios de aquel país.

Ella le interrumpió.

—Ya sé,—dijo.—Conozco estos alrededores casi tanto como tú.

Y lo demostró hablándole de los sitios más curiosos, de las cascadas, de los lagos, de los bosques de pinos, de los antiguos palacios y de las alturas más notables.

Poco á poco se fué fundiendo el hielo entre ellos y hablaron familiarmente como dos buenos amigos.

La novedad de aquel país extraño, sus pintorescas perspectivas, la especial fisonomía de sus habitantes, la seguridad, en una palabra, que la joven tenía de recobrar la salud, reanimaron su decaído espíritu.

Por uno de esos fenómenos particulares de alucinación, le pareció, mientras almorzaba en el hotel próximo á las fuentes, que respiraba con más facilidad, que su pobre pecho se dilataba al influjo de una atmósfera ligera y vivificante, impregnada con el aroma de las montañas, y que recobraba el apetito.

Cuando salieron del hotel, del brazo, Miette estaba en el umbral, y miró con ojos compasivos á aquella joven débil y vencida por el mal.

Durante los seis años que estaba allí sirviendo, había visto tantas parecidas.

Bandruc se acercó á ella dándole con la mano en la espalda al tiempo que Fabregues y su

mujer se confundieron con la abigarrada multitud que llenaba la plaza.

—Miette,—dijo el médico,—¿qué piensas de eso?

—Pienso que se necesita que esa joven sea muy rica para que el doctor se haya casado con ella.

—¿Crees tu que es su mujer?

—Marcial, que les ha servido, me lo ha dicho.

—Bueno, ¿y por qué es necesario que sea muy rica para que él se haya casado con ella?

—Porque es ambicioso en primer lugar y además porque no puede quererla.

—¡Bah!

—Está locamente enamorado de una joven que yo conozco.

—¿Qué sabes tú?

—Es amiga mía.

—¿La has visto?

—Más de veinte veces.

—¿Es verdad eso?

—La verdad pura. Es prima de los Sauvat y de los Murois.

—Entonces ¿tú crees...?

—Yo creo—dijo Miette con aire grave y sombrío;—que esa pobre mujer está bien enferma, que no vivirá mucho, y que la otra se llama Elena como la quinta del doctor no esperará mucho... si quiere.

Bandruc se rascó la barba y replicó:

—Malo, malo, Miette. Podrías tener razón. Salud, mala lengua.

Y á su vez se fué á confundirse con la gente que llenaba la feria de bestias en la plaza principal.

## XIV

Aquella feria ofrecía á los ojos del viajero uno de los más singulares espectáculos que pueden imaginarse.

Matilde gozaba viendo aquella multitud de campesinos, montañeses, mercaderes y bañistas, confundidos con los ganados que eran el objeto de todas las negociaciones en aquel curioso mercado.

—¿Adónde vamos?—preguntó á su marido.

—A respirar al Salón del Capuchino. Y al decir esto le mostraba con la mano una roca que la imaginación popular atribuía la silueta de un monje.

—Allí está, añadió.

—Y como vamos á llegar hasta allí.

—Yo á pié, tu sobre uno de esos complacientes cuadrúpedos. ¿Quieres?

—Como quieras tú.

El tiempo era magnífico.

En esos días, el alquiler de las bestias es muy caro.

—¿Qué tal es vuestro borrico, Minard,—preguntó el doctor á un hombre que tenía de la brida un asno de apariencias pacíficas.

—Es un animal seguro, doctor.

—Ya lo conozco.

—Con el que no os sucederá ningún accidente.

—Así lo creo.

—¿Cuánto?

—Adónde vais?

—Al salón del Capuchino.

—¿Es para la señora?

—Sí.

—Trá sobre el animal como si estuviera en la cama.

—¿Cuánto?—repitió impaciente el doctor.

—Para vos, solamente diez francos.

—¿Os burlais?

—La señora no regateará—dijo el alquilador dirigiéndose á Matilde.

Esta se sonrió y le dió diez francos.

El hombre ayudó á la joven á montar y le hizo algunas advertencias.

—No tireis de la brida, dejadle: conoce los caminos mejor que una persona... No tengais miedo.

Al acabar de hacer estas recomendaciones, Minard arreó á su borrico, llamado «Pie de Hierro», diciéndole:

—Has sacado hoy buen número, dije mio... ¡Al salón del Capuchino!... ¿Lo entiendes?... Un verdadero paseo.

Como si el animal comprendiera aquellas palabras, volvió la cabeza hacia la señora, como esperando sus órdenes.

Minard volvió al hotel. Miette continuaba en la puerta, siguiendo con la vista al doctor Fa-

bregues y á la joven, que tomaron por la calle Favart para ganar el camino de Sancy.

Cuando pasaron cerca del hotel, las miradas del doctor y de la criada se encontraron. La del primero revelaba la mayor indiferencia; en la de la segunda se retrataba la envidia.

Los recién casados se perdieron de vista.

Entonces la criada se dispuso á dejar el puesto, cuando se encontró con Minard.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó al alquilador.

—Una buena señora: me ha dado diez francos por una carrera que no vale cien sueldos.

—Os pregunto si el doctor se ha casado.

—Seguramente. Según el muchacho que está al servicio del hotel, se ha casado hará diez días. La joven es millonaria.

—Ya se lo decía yo á Mr. Bandruc: se ha casado con la riqueza.

—Y con la señora también; es hermosa la pobre... bien hermosa.

—Pero no se hará vieja.

—¿Qué sabes tú?

—¿No tenéis ojos, mi pobre Minard?

—Sí; pero las aguas de aquí hacen milagros.

—¿Pero qué os ha hecho el doctor para tenerle esa inquina?

—Os aseguro que nada.

—Con las mujeres no se sabe nunca la verdad—dijo Minard rascándose la cabeza.

Entretanto los viajeros seguían el hermoso camino que conduce al fondo del valle para sa-

lir á la explanada que domina el Sancy, las Agujas del Diablo y Ferrand.

Por todos lados se dibujaban fielmente en lontananza, bajo los rayos de un sol brillante, las siluetas de las montañas, las aristas de las agujas y los mil pormenores de aquel suelo, en el que se veían las huellas de los grandes trastornos geológicos.

Al salir del valle, los viajeros siguieron una senda escalonada en abruptas pendientes, cubiertas de fragmentos de roca que parecían amontonadas allí por un terremoto.

El serpol y sus rosadas flores, las anémonas y las escabiosas, se mezclaban con los morados pétalos de las campánulas.

Allí más que en otras partes, una flora ideal y soberbia ha cubierto, por decirlo así, las grandes heridas de la tierra con un manto espléndido.

—No hay jardín que pueda ofrecer á los ojos una variedad de plantas más delicadas y perfumadas.

Más arriba, más allá de los sombríos bosques de pinos formados sobre llanuras de lava enfriada hacía siglos, otras vegetaciones de distintas especies de plantas, ofrecían sus perspectivas.

Cuando se atraviesan por primera vez estos países encantadores en el estío, siniestros en el invierno, no se habla, se admira.

Fabregues callaba.

Apenas si de vez en cuando dirigía algunas

preguntas á la que había hecho su esposa con la esperanza de recobrar pronto su libertad.

—¿No te sientes fatigada?

—No, nada de eso.

—Es hermoso esto, ¿verdad?

—Esto es admirable.

Lo era efectivamente.

A cada vuelta se descubrían ante los ojos de la joven perspectivas soberbia.

Todos los picos de Mont-Dore, la Angle, el Puy Gros se elevaban ante sus ojos. A sus pies el Dordona deslizaba clara y rápida corriente á través de prados llenos de verduras.

A aquel maravilloso espectáculo no le faltaba más que una cosa: el silencio. Estas soledades no debían ser turbadas más que por los graznidos de las águilas ó el canto de los pastores.

Cuando Matilde y su marido llegaron al salón del Capuchino, una voz de tenor cantaba lentamente el aire de Sigurd:

«¡Oh! Hilda! Virgen de pálida sonrisa!»

El asno continuaba su camino sin que nada le llamase la atención.

En sus largos años de servicio se había familiarizado con todas las excentricidades de los turistas.

Por fortuna, en el momento en que la pequeña comitiva llegaba al salón, el cantante y sus compañeros se disponían á abandonarlo.

Fabregues y su mujer se quedaron solos.

El doctor cogió á la enferma en brazos y la colocó sobre uno de los troncos de los árboles que formaban asientos naturales esparcidos sobre la verdura.

El asno se dirigió al fondo del salón, y allí esperó á sus amos en actitud contemplativa.

Fabregues se había sentado al lado de su mujer, que le miró fijamente con sus apagados ojos, en los que se revelaba el sufrimiento.

—¿Me quieres?—le preguntó de pronto.

Fabregues tembló al oír esta inesperada pregunta en el momento en que él pensaba en otra cosa muy distinta.

Aquel estremecimiento no pasó inadvertido para la joven.

—¿A qué viene esa pregunta?—balbuceó él.

—Porque no tengo á nadie más que á tí.

—¿No es bastante?—dijo él, ya repuesto de su emoción.

—Sí, si me profesas verdadero cariño.

—¿Lo dudas?

La joven no contestó más que con una sonrisa llena de tristeza.

Es difícil engañar á las mujeres.

En los diez días que llevaban de matrimonio, Fabregues había cometido involuntariamente muchas torpezas, y Matilde tenía sobrado talento para advertirlo, pero ignoraba la causa.

Su marido vió correr una lágrima entre sus párpados y sintió remordimiento.

—¿Por qué lloras?—le preguntó.

—No lo sé.

—¿Qué puedes temer? ¿No estoy yo aquí? Estas palabras le devolvieron su valor.

El le señaló los grandes pinos, los árboles, el cielo puro, y le dijo:

—Aquí está la salud. Cuando la recobres volveremos á París, cerca de los que amáis y os aman

Ella respiró con ansia los aromas de aquel aire embalsamado.

—¡Si yo procurase curarla—pensó Fabregues—quién sabe!...

Pero la imagen de Elena Brunoy se interpuso entre ellos. La frente del doctor se arrugó y una voz diabólica murmuró á su oído:

—¿A qué intentar una lucha en la que serás vencido? ¿No es preciso que muera? Pues moriré.

## XV

Algunos días después, á las cinco de la tarde, el barón D'Aubagny estaba sentado en el atrio del Gran Hotel con aire melancólico.

Era á mediados de julio.

El celibato tiene sus ventajas. Ni cargas ni cuidados de familia. El soltero no tiene que ocuparse más que de sí mismo: de sus placeres, de sus caprichos; esto es una cosa admirable.

Sumergirse en las dulzuras de un egoismo bien entendido, levantarse pensando única-

mente en nuevos placeres, es un estado envidiable.

Pero tiene sus inconvenientes.

La soledad es á veces abrumadora, y el sitio más concurrido puede parecer un desierto cuando sólo se ven rostros extraños, desconocidos, procedentes de todos los rincones del mundo, y demasiado ocupados de sus asuntos, para ocuparse de los demás.

Desde su regreso á Paris el barón no encontró un amigo.

Bordat, su inseparable, estaba en Nievre arreglando sus asuntos.

La señora de Breville vivía en su triste retiro de Evreux.

Por una rara casualidad D'Aubagny ignoraba el matrimonio de Matilde.

La mayor parte de sus conocidos del círculo habían salido á baños.

Paris estaba vacío.

El barón se aburría soberanamente; pero estaba tan apegado á las calles de Paris que no se decidía á dejarlo.

Su aburrimiento tenía entonces otra causa: La resistencia de la empleada de la casa Delibet.

Su belleza le cautivaba, y por más que había no podía desechar su imágen del pensamiento.

A la vuelta de su breve excursión á Normandía, la había vuelto á ver y á solicitarla.

Pero ella le contestó: